

Rehusó el puesto de jefe de gabinete, que se le ofrecía, por no estar conforme con la política del gobierno.

Un incidente parlamentario vino á hacer resaltar el mérito de Lerdo: 51 diputados exigían al Sr. Juárez que abandonase el cargo de presidente para cederlo al Sr. Gonzalez Ortega, y 52 opinaban en sentido contrario. Muy pocos miembros del congreso permanecieron neutrales en tan odiosa cuestión, y el Sr. Lerdo fué uno de ellos, á pesar de pertenecer á la oposición, dando con esto una prueba de su respeto y acatamiento á las leyes.

En noviembre del propio año de 61, pasó á la cámara el tratado que, sobre arreglo de la deuda inglesa, habia ajustado el ministro de relaciones D. Manuel M. de Zamacona con Mr. Wyke, ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña. Impugnó el Sr. Lerdo ese tratado en un luminoso discurso, y la cámara, seducida por su elocuencia, convencida por sus poderosas razones, desechó ese tratado, sin embargo de existir una mayoría que sostenia la política del gobierno. A consecuencia de esto hizo dimision el Sr. Zamacona, así como el resto del gabinete. Rehusóse el Sr. Lerdo á formar el nuevo ministerio, para lo que fué invitado por el presidente, haciéndolo en su lugar, el Sr. Doblado.

Concedor el gobierno de las grandes dotes políticas del Sr. D. Sebastian, confióle la comisión de ajustar varios tratados en los Estados-Unidos, tratados que la cámara ratificó y que fueron promulgados por el Sr. Doblado, ministro de relaciones.

Indudablemente, la historia de ese congreso es una de las páginas mas bellas de la vida política del Sr. Lerdo: representante distinguido, ocupó varias veces la presidencia de la cámara; elocuente orador, combatió y venció al ministerio á que hacia la oposición; hábil diplomático, llevó á cabo útiles tratados de comercio y amistad; fiel observador de la ley, se abstuvo de mezclarse en una cuestión en que aquella se desconocia; modesto ciudadano, rehusó el puesto de ministro que con tanta instancia se le ofrecía.

¡Cuánta virtud y cuánto mérito, que tan difícilmente se hallan reunidos!

V.

El mar desbordado de la invasión llegaba ya á las puertas de la capital, cuando el gobierno de la república resolvió trasladarse á la ciudad de San Luis Potosí.

El Sr. Lerdo, que habia sido reelecto diputado y clausurado las sesiones con el carácter de presidente del congreso, marchó tambien

á aquella ciudad como miembro de la diputación permanente.

El 2 de setiembre de 1863 fué nombrado el Sr. Lerdo ministro de justicia, y nueve dias despues pasó á desempeñar el de relaciones exteriores.

Aquí comienza esa série de trabajos diplomáticos que emprendió el Sr. Lerdo, de los que se burlaban entonces la mayor parte de los mexicanos ingratos ó incrédulos, y los que mas tarde debian asombrar al mundo con sus resultados.

Cuando el ejército sufría crudos y repetidos reveses; cuando la victoria se ausentaba de los campamentos nacionales; cuando los defensores de México tenían el heroismo de luchar por una causa que creían perdida, por una causa en cuyo triunfo ni aun siquiera soñaban, el ministro de relaciones comenzó sus trabajos diplomáticos para derribar al imperio. Era curioso de ver aquel pobre ministro de una república ilusoria, bajo una miserable tienda de campaña en los áridos desiertos de Paso del Norte, escribiendo las notas con que pretendia derribar á ese imperio floreciente, cuyas legiones admiraban por sus vistosos uniformes y magníficas armas; á ese imperio sostenido por los primeros soldados del mundo; á ese imperio que se deslizaba entre músicas y festines.

Aquella era la lucha de la inteligencia contra la fuerza! Mas de mil notas dirigió el Sr. Lerdo al Sr. D. Matías Romero, ministro de la república en Washington, durante la intervención extranjera; y como resultado de ellas se obtuvo la retirada del ejército frances con motivo de la enérgica comunicación dirigida en tal sentido á Napoleon, por el gobierno de los Estados-Unidos.

Una vez libre el país de sus mas poderosos enemigos, pudo atenderse con mejor éxito á la defensa de la libertad. En efecto, bien pronto volvió á ser favorable la fortuna á las armas de la república, hasta llegar á concentrarse el imperio en sus últimos atrincheramientos.

El prestigio del gobierno, que tanto contribuyó al triunfo de la república, no se debe sino á Lerdo, que en su gigantesca y constante lucha supo imprimir á la política del gabinete tal habilidad, que tuvieron que confesarla sus mismos enemigos, y tal moralidad y calma, que mas que en la frontera, parecia residir el gobierno en el palacio nacional.

VI.

El gobierno republicano, establecido en San Luis Potosí, estaba pendiente de las peripecias